

Volumen XVIII.—Mayo 1.º de 1923.—Número 174.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXIII

CONTENIDO

Mes de María.....	JENARO JIMENEZ
Himno a la Virgen....	JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ
Actos oficiales.	
Trozos de mármol....	JUAN C. GARCIA.
Como todos los días..	M. R. BLANCO-BELMONTE
Propiedad del subsuelo petrolífero.....	ANTONIO ROCHA
Ella	MANUEL JOSÉ FORERO
Los tesoros de Tut-Ankh- Amon.	
• Carlos Ortega.	
Claustro del Colegio Ma- yor de Nuestra Señora del Rosario en 1.º de abril de 1923.	
Informe del Rector al se- ñor Ministro de Ins- trucción Pública	R. M. CARRASQUILLA

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Mayo 1.º de 1923

MES DE MARIA

Como se alegra la naturaleza con la aparición de la aurora o con la vuelta de la primavera después de un largo invierno, y se baña en nueva luz y se anima y revive, en medio de armonías y variedad de colores, así el alma cristiana experimenta indecibles emociones al ver llegar el mes de mayo, consagrado piadosamente a la Virgen María: un rayo de luz circunda nuestra mente disipando la oscuridad de errores y quimeras; raudales de consuelos inundan el corazón, tan a menudo invadido por las desilusiones de la vida; un vigor inusitado señorea nuestro sér y lo excita y anima a continuar las luchas de la voluntad, y dilatados horizontes se abren delante de nosotros.

En tan risueño ambiente nos olvidamos del momento presente y de sus angustiosos afanes y nos trasladamos a tiempos mejores que fueron o a días bonancibles que vendrán en época no lejana: vemos resurgir, llenos de encantos, los recuerdos de la infancia y de la niñez y volvemos a vivir los años juveniles. Cómo viene entonces a la mente el recuerdo de aquella madre buena y cariñosa que nos estrechaba en su re-

gazo, nos divertía con sus caricias y nos enseñaba a pronunciar, primero que el suyo propio, el dulcísimo nombre de la Madre de Dios; cómo al dormir el sueño de la inocencia, bajo la tutelar mirada y las caricias maternas, nuestra alma candorosa se abría a nuevos cielos y veía, en ensueños allá muy alto y en un lugar muy bello, aquella Reina de singular hermosura, rodeada de luz, coronada de estrellas, vestida de resplandeciente manto, con ojos de dulcísima mirada, llenas las poderosas manos de tesoros infinitos y ofreciéndonos en regalo un divino talismán, con que soñábamos conjurar todos los males y enriquecernos de todos los bienes. Y acuden a la memoria los recuerdos de aquellos días de fiesta que eran precisamente las festividades religiosas de la Virgen María identificadas con los regocijos de familia, días en que no sabíamos a quién amábamos más si a la madre del cielo, tan poderosa y santa o a la madre de acá tan buena y afectuosa.

Inseparablemente unidos al nombre y los recuerdos de estas dos madres queridas, nos acompañan de cerca cuando, al despertar la razón, vemos abrirse ante los ojos del alma esos dos mundos nuevos: austero y bello el uno, más seductor en apariencia el otro, el mundo del deber y el de la lisonjera libertad; y por respeto a la presencia de la madre del cielo y por no disgustar a la madre de la tierra, acatando los consejos o mandatos de una y otra, despreciamos el deleite o las altiveces del orgullo, sacudimos las muelles flojeadades de la pereza y seguimos valerosos las reglas del deber, para acercar luego la frente al beso fervoroso de nuestra madre que mira gozosa nuestros triunfos y al de la madre del cielo que aprueba nuestra conducta.

Ni en la vida del colegio nos abandonan estos dos seres protectores y amantes. Lejos de la casa paterna,

sentimos cerca el recuerdo vivo de nuestra madre, recibimos sus constantes consejos, le abrimos en cartas íntimas el corazón, le contamos nuestros triunfos y no le ocultamos las flaquezas de nuestra voluntad. Y otro tanto nos sucede con nuestra madre del cielo: día y noche está ella presente en nuestro espíritu y en el corazón: Trono de la Sabiduría, a ella acudimos en demanda de luz que nos facilite ver con claridad la verdad, que disipe los errores, que dé agudeza al entendimiento para penetrar en las causas ocultas de las cosas humanas, modo y facilidad de aprender con provecho, y facultad de retener la ciencia conquistada; Madre Inmaculada, es ella el modelo en la vida de nuestro corazón, la consejera de nuestras obras, el centinela que da aviso inmediato en el momento del peligro, y el bello ideal que persigue el alma, naturalmente buena y amante de la belleza; Virgen Clementísima, nos arojamus en sus benditos brazos cuando echamos de ver que el mal azota nuestra frente o que el hálito de las rebeldes pasiones nos humilla; Consoladora de los afligidos, en ella encontramos el consuelo que llega al fondo del alma, el interés maternal, exento de frío egoísmo, que en tales ocasiones necesita el hombre; y Madre amabilísima, ella solicita nuestro corazón de modo irresistible, y lo llena y lo sacia y lo hace bueno.

Pero cuando es más eficaz, no menos grata y sí más necesaria la presencia vigilante de la madre es en aquella época sombría de la vida del hombre, época que llega tan pronto y en la cual, deshechas las ilusiones, secas ya las hojas del árbol de la vida, acibarrado el corazón con inevitables desengaños, solitaria el alma por la ausencia eterna de parientes y amigos que han ido desapareciendo con sorprendente rapidez, se

siente el hombre abatido, desorbitado en este mundo, temeroso de los hombres y de la vida misma y como relegado definitivamente a la postre del camino. Y ¿qué si aquella amiga del alma, aquella sombra tutelar, aquella dulce y adorada madre nuestra, cansada ya de vivir, nos ha dejado para siempre?... avigora entonces sus fuerzas y se levanta en busca de la madre y sube sobre las poderosas alas de la esperanza y del recuerdo, y la encuentra y le habla y, como si aún fuera niño, se arroja el hombre en sus brazos, siempre buenos y blandos y ahora más suaves y tiernos porque participan más de la bondad y de la misericordia divinas; y encuentra allí otro regazo no menos blando y amoroso: el regazo de María Santísima, incomparable madre, buena con sus hijos fieles, mejor y más tierna aún con los que tienen enferma y triste el alma, pródigos de la vida y de la virtud. Y descendemos consolados de la altura y seguimos caminando, tranquilos, alegres, mirando sin recelo a la humanidad, sin temor al trabajo ni al sacrificio, sin miedo a la muerte, la cual rasgaría los velos de misterio, acortaría las distancias, finalizaría las luchas y dolores y nos haría entrar de lleno en el anhelado consorcio de esas dos madres nuestras. ¡Salve, bendito mes de mayo! ¡Salve, fecunda devoción a la Virgen María! ¡arca de sagrados recuerdos, sostén y amparo de la fe y de la esperanza, pábulo divino del amor, fuente inagotable de consuelo, fortaleza en los vaivenes de la inconstante fortuna y faro radiante que señalas el sendero de la vida y muestras luminoso el puerto de la paz y de la eterna Patria!

JENARO JIMENEZ
Presbítero.

